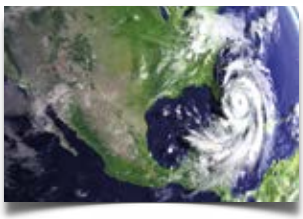
EL MUNDO DE MAÑANA
Noviembre y diciembre del 2017
www.elmundodemañana.org

¡Dijo las cosas como son!
Pág. 2

Reforma Protestante
Pág. 8

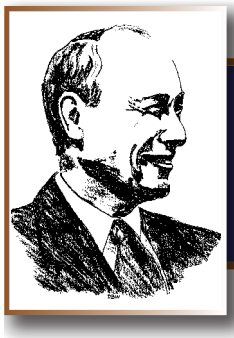


El ojo de la tormenta
Pág. 16

¿Deben los cristianos celebrar la navidad?

pág. 4

Preguntas y respuestas *Pág. 15*
Jóvenes del mañana *Pág. 18*
Señales de los tiempos *Pág. 20*



EL Mundo DE MAÑANA

Director general Gerald E. Weston
Director obra hispana Mario Hernández
Colaboradores Margarita Cárdenas
Madeleine Lincoln-Strange
Cristian Orrego
John Robinson
Jorge Schaubeck

Direcciones de El Mundo de Mañana

Argentina
Mitre 2966
8000 Bahía Blanca,
Buenos Aires
Tel. 54 (291) 488 4253

Bolivia
Ave Potosí #1171
Entre Aniceto Padilla y Uyuni
Zona Recoleta, Cochabamba
Tel. 59 (1) 4489291 (293)

Chile
Avenida Santa Isabel 0104
Providencia, Santiago
Tel. 56 (2) 2665 6247

Colombia
Apartado 201909
Medellín, Antioquia
Tel. 57 (4) 570 0027

Costa Rica
Apartado 234
6151 Santa Ana 2000
Tel. (506) 2100 7760

España
Apartado 14058
Málaga
Tel. (34) 660 55 36 62

Estados Unidos
Apartado 3810
Charlotte, NC 28227-8010
Tel. 1 (704) 844 1970

Guatemala
7ª Ave 8-43 Zona 2,
B° El Jardín, Coatepeque,
Quetzaltenango
Tel. (502) 7775 4824

México
Apartado 89
76900 El Pueblito,
Corregidora,
Querétaro

Puerto Rico
Urb. Sabanera 282
Camino Miramontes
Cidra 00739
Tel. (787) 420 4543

www.elmundodemañana.org Correo: viviente@lcg.org

¡Decía las cosas tal como son!

Con mucho dolor anunciamos el fallecimiento del doctor Roderick C. Meredith, jefe de redacción de *El Mundo de Mañana* y evangelista presidente de la Iglesia del Dios Viviente. Venía padeciendo de cáncer y murió tranquilamente el 18 de mayo del 2017. Iba a cumplir 87 años en junio.

En sus exequias, el auditorio de una escuela secundaria estaba completamente lleno de amistades provenientes de Australia, Bélgica, Canadá y los Estados Unidos. El servicio comenzó con un video de 18 minutos con expresiones sinceras de ministros de la Iglesia del Dios Viviente de varios lugares del mundo. Dos de sus cuatro hijos hablaron de su fe, perseverancia y dedicación inquebrantable a la verdad de Dios y a la obra de predicar el evangelio al mundo. El señor Richard Ames, presentador del programa de televisión *El Mundo de Mañana* y cuñado del doctor Meredith, hizo unas reflexiones personales y nos recordó cuál es nuestra esperanza: *la resurrección de la muerte*.

El servicio terminó con uno de los himnos preferidos del doctor Meredith: *Caminaré a su lado,* de la película *El príncipe estudiante,* que fue doblado por la potente voz del tenor Mario Lanza. En la película se oye la canción cuando Karl Franz canta ante el féretro de su abuelo y empieza a comprender lo que implica su nuevo papel de rey. Al igual que el ficticio Karl Franz, Roderick Meredith nunca se enalteció ante el alto cargo y entendió profundamente la gran necesidad que tenía de caminar con Dios. No pude menos que sentirme conmovido mientras escuchaba las palabras y miraba su féretro en el escenario.

La muerte del doctor Meredith no fue inesperada. Hacia el final, ya no podía caminar físicamente, pero tal como nos lo recordó su hijo, jamás dejó de *caminar con Dios*. Más de una vez repitió: "He vivido una vida plena. No temo a la muerte. Mi vida está en manos de Dios y espero con agrado dormir y despertarme en la resurrección". No había en su mente ninguna duda sobre lo que es el propósito de la vida y cuál es nuestra verdadera esperanza.

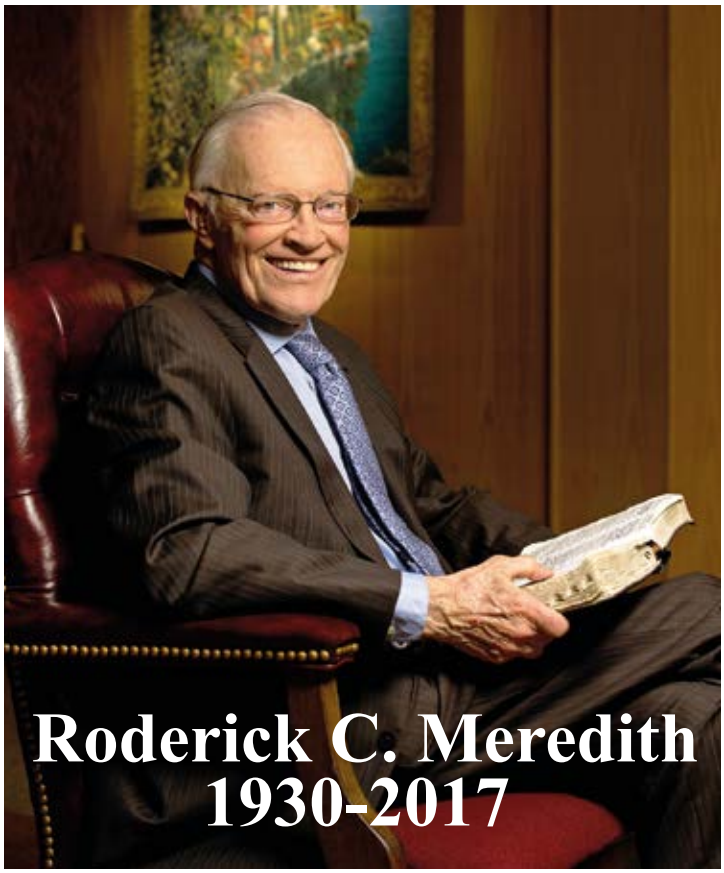
Una vida notable

Es mucho lo que podría decirse sobre la vida de este hombre notable. En la escuela secundaria fue estrella en la carrera de una milla de los deportes de pista y campo, y ganó títulos de *guantes dorados* en boxeo en su pueblo de Joplin, Misuri. Quizá fue este ánimo resuelto de nunca dejarse vencer lo que lo llevó a lograr tanto, aparte

La revista *El Mundo de Mañana* no tiene precio de suscripción. Se distribuye gratuitamente a quien la solicite gracias a los diezmos y ofrendas de los miembros de la Iglesia del Dios Viviente y otras personas que voluntariamente han decidido tomar parte en la proclamación del verdadero evangelio de Cristo a todas las naciones. Salvo indicación contraria, los pasajes bíblicos que se citan en esta publicación han sido tomados de la versión Reina Valera revisión de 1960.
Nuestra portada: Árboles decorados, luces de colores y mucha alegría. Pero, ¿es realmente algo cristiano?

de las carreras o el boxeo. Recibió golpes muy duros en la vida, pero nunca se dio por vencido.

Cuando conoció la verdad de la Biblia, se matriculó en la Institución Ambassador en Pasadena, California, donde llegó a conocer muy de cerca al señor Herbert W. Armstrong. El doctor Meredith fue uno de los primeros evangelistas ordenados por el señor Armstrong en 1952, y dedicó más de 64 años a la obra que Cristo comenzó por medio del señor Armstrong. Fue bien conocido como profesor de primer año de Biblia en la Institución Ambassador, especialmente de los Evangelios, el libro de los Hechos y las Epístolas de Pablo; y en diversas ocasiones fue vicerrector de los tres establecimientos de la Institución Ambassador: en Pasadena, California; en Big Sandy, Texas y en Bricket Wood, Inglaterra. También fue, por muchos años, director de administración de la Iglesia de Dios Universal, así como pastor de diversas congregaciones.



Tras la muerte del señor Herbert Armstrong, el siguiente líder de la Iglesia de Dios Universal marginó al doctor Meredith y a otros ministros fieles, y se desvió radicalmente del rumbo que llevaba la Iglesia, abandonando verdades bíblicas para congraciarse con el mundo. Finalmente, el doctor Meredith se vio en la necesidad de apartarse porque se negaba a secundar la apostasía. Ante sí había dos opciones: o bien retirarse, o revivir la obra que Dios había comenzado por medio del señor Armstrong. Optó por lo segundo, y en un esfuerzo por restaurar el cristianismo original, dio comienzo en 1993, a la edad de 62 años, a la Iglesia de Dios Global, que más tarde se conocería como la Iglesia del Dios Viviente. Pronto se le unieron muchas más personas, conforme se veía claramente que la Iglesia de Dios Universal estaba hundiéndose cada vez más en una verdadera apostasía.

Aun cuando un derrame en el 2008 lo dejó parcialmente paralizado, el doctor Meredith se exigió a sí mismo y continuó predicando el evangelio del Reino de Dios al mundo y pastoreando el rebaño. Su mayor deseo era que la obra en la que tanto se esforzó, y por tanto tiempo, siguiera adelante en unidad y poder bajo Jesucristo. Continuó siendo activo en la obra hasta febrero de este año, celebrando reuniones y escribiendo cartas y artículos. Su legado vive en la Iglesia del Dios Viviente, donde supervisó el establecimiento de más de 350 congregaciones en 55 países.

El alcance de su influencia se ve en los tributos llegados de todo el mundo: Alemania, Francia, el Reino Unido, la República Irlandesa, Australia, Filipinas, Papúa Nueva Guinea, la República Popular del Congo, Togo, Sudáfrica, Mauricio, Haití, Santa Lucía, Guadalupe, Guyana, así como de todos los Estados Unidos y Canadá. ¡Y esta es solo una lista parcial!

Pasión por la predicación de la verdad

Algo que oí afirmar muchas veces acerca del doctor Meredith es: "¡Él dice las cosas tal como son!" Me causa mucho regocijo cuando recuerdo el comentario hecho por un joven que asistió a una de nuestras presentaciones de *El Mundo de Mañana,* dijo: "Me encanta el viejito. Él dice las cosas como son". El doctor Meredith causó una gran impresión en este joven y en otros que como este, aunque no recordaran su nombre, sí reconocían la intensidad, sinceridad y veracidad con que hablaba como primer presentador de *El Mundo de Mañana.*

Muchas personas nos preguntan acerca de nuestras creencias. El doctor Meredith las resumió en su folleto: *Restauración del cristianismo original.* Virtualmente todos los teólogos bien informados reconocen, si son sinceros, que el cristianismo tal como lo conocemos hoy sería irreconocible para Jesucristo y sus apóstoles. El doctor Meredith expone esa realidad en su poderoso folleto. Espero que todos nuestros lectores estén siguiendo su serie sobre la Reforma Protestante, que prosigue en este número. La serie se basa en su tesis de maestría, y laboró con diligencia en los últimos meses de su vida para estar seguro de que la verdadera historia de este movimiento se preservara y se conociera. La serie demuestra que la Reforma Protestante no fue tal como suele representarse.

Su folleto: *¿Qué o quién es el Anticristo?*, también es una valiosa declaración de la verdad. Como solía decir con mucha firmeza y emoción: "¡Desempolven sus Biblias! ¡No lo crean porque yo lo digo! ¡Créanlo porque lo han leído en la Biblia!" Con frecuencia desafiaba a sus oyentes: "¡Cuestiónenme!" Es decir, que investigaran lo que estaba enseñando y que probaran si era cierto o no. ¿Acaso alguna vez hemos oído a los ministros de la cristiandad tradicional retarnos a hacer lo mismo?

Al doctor Meredith lo extrañaremos quienes fuimos sus discípulos en las lecciones bíblicas de primer año, quienes servimos con él en el ministerio de la Iglesia del Dios Viviente, y los miembros de la Iglesia del Dios Viviente en todo el mundo; así como sus familiares y amigos. Deja una hermana, esposa del señor Richard Ames, seis hijos, diez nietos y cuatro bisnietos.

El doctor Meredith corrió una gran carrera. Peleó una buena pelea. Guardó la fe. Por tanto, lo espera una corona de justicia. Por ahora descansa en el Señor. ¡Esperamos encontrarlo de nuevo en la resurrección de los justos y al regreso de nuestro Señor y Salvador Jesucristo!

Gerald E. Weston

¿Deben los cristianos celebrar la navidad?

Parece absurda la pregunta, y sin embargo ¡pocos saben la respuesta! Y la verdad puede marcar una diferencia muy grande en su propia vida. Aunque la pregunta parece sin sentido, es una pregunta que la mayoría del mundo llamado cristiano responde equivocadamente.

Por: Wallace G. Smith

Al llegar el mes de diciembre empiezan a llegar también las decoraciones de los árboles y de las casas, los regalos envueltos, los villancicos tradicionales, los servicios religiosos especiales y todo el bullicio navideño. En el calendario cristiano comúnmente aceptado, pocas ocasiones son más esperadas y más anheladas que la temporada de la navidad. Los niños reciben la temporada con emoción, las familias salen de compras y los pequeños empiezan a soñar con los regalos que les traerá santa Claus, san Nicolás o el *papá Noel.*

Es una temporada que muchos disfrutan en el mundo entero, e incluso se habla de conflictos internacionales que se suspenden temporalmente en el día de navidad; teniendo en cuenta el concepto muy generalizado entre ambas partes del conflicto de que ese día es para reconocer el nacimiento del Príncipe de Paz… terminado el cual, cada bando reanuda sus intentos por matar al otro.

Realmente es extraño preguntar: "¿Es cristiana la navidad?" Al fin y al cabo, todo el mundo sabe que la palabra "navidad" se refiere al nacimiento de Cristo… ¿no es así?

Todo cristiano debe estar siempre dispuesto a comparar sus creencias, prácticas y tradiciones con la Palabra de Dios y su voluntad revelada; para acoger lo que sea validado por el deseo expreso de Dios y abandonar lo que se oponga. El apóstol Pablo, dirigiéndose a la Iglesia primitiva, dijo: "Examinadlo todo; retened lo bueno" (1 Tesalonicenses 5:21), y "todo" tiene que incluir la costumbre de celebrar la navidad.

Al hacernos la pregunta de si los cristianos deben o no guardar la navidad, es igualmente importante comprender qué preguntas *no* estamos haciendo. Por ejemplo, no estamos preguntando si la navidad es divertida. Si bien la intensidad de las compras de regalos es increíblemente estresante para muchos, la navidad sigue considerándose una de las ocasiones más divertidas del año.

Tampoco estamos preguntando si las tradiciones navideñas y los villancicos son hermosos e inspiradores. El hecho es que algunas de las piezas musicales más hermosas de la civilización occidental se inspiraron en los sentimientos de la temporada navideña. Si bien algunas costumbres asociadas con la navidad son repugnantemente materialistas, también muchas personas dan de sí con generosidad en esa temporada; y muchas tradiciones personales y familiares que se disfrutan en esos días dejan recuerdos felices.

Con todo, la caridad y la generosidad no tienen por qué limitarse a una breve temporada del año; y los cristianos no necesitan de la navidad para sentirse inspirados, cantar música hermosa, crear recuerdos familiares o dar generosamente.

Nuestra pregunta es mucho más simple: ¿Deben los cristianos celebrar la navidad? Es decir, ¿deben observar la navidad quienes tienen lealtad a la religión, las creencias, las prácticas y las enseñanzas de Jesucristo? ¿Animaría Jesús a quienes lo escuchaban a guardar esa fiesta? ¿O la desaconsejaría? ¿Ordenaría celebrarla, o la condenaría? ¿La guardaría Él mismo o haría caso omiso de ella?

Los orígenes de la navidad

Toda consideración sobre si los cristianos deben o no celebrar la navidad debe comenzar con una idea clara de los orígenes de ese día y sus muchas tradiciones.

Las tradiciones navideñas sin duda varían de un lugar a otro. Pero muchos conocemos la experiencia de decorar un árbol de navidad o de colgar luces de colores. Reunirse con familiares y amigos e intercambiar regalos son prácticas que se asocian comúnmente con *el espíritu de la navidad.*

Todas estas costumbres vienen directamente de religiones paganas propias del culto invernal y anteriores al cristianismo.

Créalo o no, este es un punto que ni siquiera se debate mucho. Es un hecho histórico. Incluso, muchos entre quienes se declaran cristianos no ponen en duda los orígenes paganos de las prácticas y tradiciones navideñas; y muchos dirigentes populares como el doctor James Dobson, fundador de *Enfoque a la familia,* y el teólogo doctor R. C. Sproul, lo reconocen abiertamente. Los orígenes y las influencias paganas detrás de lo que hoy se conoce como *la navidad,* están bien documentados para cualquiera que desee investigar el tema. Nadie disputa los hechos seriamente.

Por ejemplo, consideremos este breve resumen de los orígenes de la navidad en una obra ampliamente consultada y respetada: El *Manual Eerdman de historia del cristianismo:* "La Iglesia cristiana absorbió muchas ideas e imágenes paganas. Del culto al Sol, por ejemplo, vino la celebración del nacimiento de Cristo el día veinticinco de diciembre, natalicio del Sol. Las saturnalias, festividades romanas de invierno entre el 17 y el 21 de diciembre, aportaron la alegría, el intercambio de regalos y las velas típicas de las fiestas navideñas posteriores… En un principio la Iglesia evitó las costumbres paganas que más tarde se cristianizaron, por ejemplo, el empleo de velas, incienso y guirnaldas por ser simbólicas del paganismo".

En su famosa obra: El *Diccionario clásico,* el erudito John Lemprière resumió algunas antiguas prácticas precristianas de las saturnalias, fiestas paganas de invierno, de las cuales se derivan muchas tradiciones navideñas: "La celebración era extraordinaria por la libertad que reinaba universalmente. Los esclavos podían ridiculizar a sus amos… Era habitual que los amigos intercambiaran regalos, cesaba toda animosidad, no se ejecutaban criminales, cerraban las escuelas, no se declaraba guerra; sino que todo era risas, disipación y desenfreno".

¿Parece familiar?

Cierto es que muchas prácticas y costumbres navideñas que tuvieron orígenes paganos han alterado su significado original de modo que hoy suenan más cristianas. Por ejemplo, algunos ministros comparan las coronas navideñas con la corona de espinas que llevó Jesús durante su crucifixión, o comparan las guirnaldas de bayas rojas con su sangre. Estas son interpretaciones que se añadieron mucho más tarde a los antiguos elementos precristianos y ninguna de ellas altera el origen de estas costumbres, adornos y tradiciones. Si pretendemos responder con sinceridad a la pregunta que tenemos por delante: ¿Deben los cristianos celebrar la navidad?, tenemos que tomar en consideración todos los hechos.

En lo que respecta al origen de las prácticas, esos datos son claros: las fechas, las prácticas, las costumbres; casi todo el paquete que conocemos como *la navidad,* llegó al cristianismo importado de costumbres paganas que hunden sus raíces en el culto al Sol en invierno y en las saturnalias romanas. Repetimos que ningún historiador pretende refutar esto seriamente.

Casi todo lo que sabemos de la navidad vino de costumbres paganas, como el culto al Sol en invierno y las saturnalias romanas.

¿Qué es lo que debe guiar las decisiones de un cristiano?

En realidad no es extraño ver el origen pagano de las tradiciones navideñas expuesto abiertamente en revistas y otros medios de difusión populares. Allí se comentan las tradiciones navideñas, como decorar árboles e intercambiar regalos; sin ningún asomo de controversia. Aunque son cosas cada vez más notorias, a la gente no parece importarle.

¿Será que estos hechos no tienen impacto ante la pregunta de si un cristiano debe o no celebrar la navidad? ¿Cómo podemos saber lo que un cristiano debe o no debe hacer? ¿Qué convierte algo en apropiado para los cristianos o no apropiado para los cristianos? ¿Es todo cuestión de opinión personal y preferencia, o hay alguna norma objetiva que rige la fe y la práctica del verdadero seguidor de Cristo en estas cosas?

Aunque la respuesta parezca difícil, no lo es. El nombre *cristiano* viene del nombre del fundador del cristianismo, Jesucristo, el Hijo de Dios. Quienes se llaman cristianos se dicen seguidores de las enseñanzas y el ejemplo de Jesucristo. Entonces, si se va a declarar que algo es apropiado, o incluso obligatorio para los cristianos, ese algo tiene que conformarse a las enseñanzas, afirmaciones, ejemplos y mandatos del fundador de la religión que da su nombre a esa fe: ¡Jesucristo!

Resulta obvio que algo pertenece a la fe y práctica de los cristianos si concuerda con las enseñanzas y prácticas de Jesucristo. De lo contrario, no pertenece a su fe y práctica. Algo sencillo de entender.

Y no es solamente sentido común. Es lo que el propio Jesús enseñó explícitamente. El Nuevo Testamento recoge su afirmación de que para ser seguidor suyo, para ser cristiano, no basta "creer" lo que Él dijo, si luego lo echamos al olvido en la vida y la práctica.

Consideremos, por ejemplo, su reproche en Lucas 6:46 a los que dicen que Jesús es su "Señor" pero no viven como Él manda: "¿Por qué me llamáis, Señor, Señor y no hacéis lo que yo digo?" Igualmente declara: "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en tu nombre echamos fuera demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mateo 7:22-23).

Es claro que Jesús no acepta a quienes le dicen "Señor" y no cumplen sus enseñanzas, sino que desatienden las leyes y los mandamientos de Dios. Aunque alguien se diga "cristiano" y haga milagros, Jesús dijo que si esa persona no cumple sus enseñanzas y la ley de Dios, Él la desechará ¡declarando que nunca la conoció!

De hecho, esta conducta de actuar conforme a sus palabras y obedecer los mandamientos de su Padre eran tan esenciales para la fe que promovía, que Jesús enseñó: "Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos" (Mateo 19:17). Y uno de los primeros apóstoles, escogidos y formados personalmente por Jesús, escribió: "En esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso y la verdad no está en él" (1 Juan 2:3-4).

¡Palabras fuertes! Se nos advierte aquí por medio del apóstol Juan, que si no cumplimos los mandamientos y enseñanzas de Jesucristo, ni siquiera lo conocemos. Y si decimos que lo conocemos sin obedecerle, ¡la Palabra de Dios nos tacha de mentirosos!

¿Qué haría Jesús?

Las implicaciones son claras. Si

queremos saber si los cristianos deben celebrar o no la navidad, basta saber cómo se aplican las enseñanzas y prácticas de Jesús a la navidad. Es decir, tenemos que mirar la navidad y determinar la respuesta a la pregunta que tantos se hacen: "¿Qué haría Jesús?"

Felizmente, no es cuestión de adivinar la respuesta. La Biblia en muchos pasajes es sumamente clara al respecto.

Por ejemplo, con referencia a los pueblos paganos y sus tradiciones y costumbres, Dios dejó instrucciones muy claras para la antigua Israel: "Cuando el Eterno tu Dios haya destruido delante de ti las naciones adonde tú vas para poseerlas, y las heredes, y habites su tierra, guárdate que no tropieces yendo en pos de ellas, después que sean destruidas delante de ti; no preguntes acerca de sus dioses, diciendo: De la manera que servían aquellas naciones a sus dioses, yo también les serviré. No harás así al Eterno tu Dios" (Deuteronomio 12:29-31).

¡Esto es crucial! Notemos que Dios no se limita a decir: "No adores a los ídolos" o "no adores a sus dioses". Dice: "No harás así al Eterno tu Dios". La Biblia deja muy claro que ni siquiera podemos adorar al Dios verdadero empleando prácticas paganas. Aunque algunos pretenden decir que sí es aceptable emplear tradiciones, símbolos y días paganos; siempre y cuando se esté adorando al Dios verdadero con esas cosas, ¡la Biblia dice lo contrario!

"Cuando entres a la tierra que el Eterno tu Dios te da, no aprenderás a hacer según las abominaciones de aquellas naciones" (Deuteronomio 18:9). En la misma forma, en Jeremías 10:2 vemos estas instrucciones: "No aprendáis el camino de las naciones", refiriéndose a las naciones paganas cercanas a la antigua Israel. No podía ser más claro: Dios no quiere que su pueblo lo adore con medios paganos. De hecho, el pasaje en Jeremías 10 va mucho más allá, dando el ejemplo específico de una práctica pagana que Dios condena. ¡Es una práctica fácil de reconocer! Dios dice: "Las costumbres de los pueblos son vanidad; porque leño del bosque cortaron, obra de manos de artífice con buril. Con plata y oro lo adornan; con clavos y martillo lo afirman para que no se mueva" (vs. 3-4).

¿Cuántos hacen eso precisamente con un árbol o una rama en cada navidad? Lo meten en su casa, lo fijan y lo decoran con adornos de colores brillantes. El Dios Todopoderoso dice que el hecho de llamarlo un ídolo no es lo importante. Lo importante es sencillamente: "No aprendáis el camino de las naciones… No harás así al Eterno tu Dios".

Las costumbres de los pueblos son vanidad; porque leño del bosque cortaron, obra de mano de artífice con buril. Con plata y oro lo adornaron; con clavos y martillo lo afirman para que no se mueva (Jeremías 10:3-4).

¡También es para los cristianos!

Claro está que los pasajes citados son del Antiguo Testamento, y la pregunta que tenemos frente a nosotros es si los cristianos deben o no celebrar la navidad; y quizás alguien podría decir que Jesucristo cambió las cosas. O que dijo que es perfectamente aceptable desatender los mandatos de Dios para guardar las tradiciones que nosotros deseamos observar. Que tal vez dijo que tenemos licencia para hacer caso omiso de los mandamientos divinos y adorar a Dios tal como se nos ocurra y con las tradiciones que se nos antojen, diga lo que diga el resto de la Biblia.

Parece que la cristiandad está actuando conforme a esas ideas. Sin embargo, Jesús amaba las leyes de Dios y las honraba, y ordenó que todos sus seguidores hicieran lo mismo. Incluso, se refirió específicamente a este punto, en el caso de que sus seguidores estuvieran dispuestos a desatender los mandamientos divinos para guardar las tradiciones que deseaban.

Jesucristo condenó en términos duros a los líderes religiosos de su época que hacían precisamente eso: hacían de lado las leyes divinas para guardar sus propias tradiciones de culto: "Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres" (Marcos 7:6-9).

¡La Palabra de Dios y las enseñanzas de Jesucristo son claras como el cristal! Para que un cristiano observe la navidad: El árbol, los regalos, hasta la fecha misma; tendría que hacer de lado los mandamientos de Dios y aferrarse a esas tradiciones. Dios ordena que no empleemos costumbres y

tradiciones de origen pagano para adorarlo a Él, y la navidad está, sin lugar a dudas, empapada de tales costumbres y tradiciones. Para guardar la navidad, tendríamos que rechazar los mandamientos de Dios. Y esto es algo que Jesucristo, el Hijo de Dios y fundador del cristianismo, condena apasionadamente y sin ambages.

Si nos decimos cristianos pero desatendemos las enseñanzas de Cristo con tal de guardar la navidad, las palabras de Jesús pronunciadas hace 2.000 años llegan hasta nosotros para reprendernos: "¿Por qué me llamáis, Señor, Señor y no hacéis lo que yo digo?"

La realidad es sumamente clara. Si Jesús estuviera en la Tierra, sabiendo que su Padre celestial manda no acudir a costumbres paganas para adorarlo, ¿acaso guardaría la navidad? El que sea sincero con la Biblia tiene que responder: "No". Y tampoco lo haría ninguno que se diga seguidor de Jesús.

Jesucristo no instituyó la navidad. La instituyeron los hombres. Pero Jesucristo y sus seguidores fieles se atienen a una autoridad más elevada que las tradiciones de los hombres. Esto es lo que significa ser cristiano.

Por medio del apóstol Juan se nos advierte que si no cumplimos los mandamientos y enseñanzas de Jesucristo, ni siquiera lo conocemos.

Una respuesta sencilla pero irrefutable

Comenzamos con lo que parecía una pregunta extraña: ¿Deben los cristianos celebrar la navidad? La respuesta puede parecer igualmente extraña… pero también es irrefutable: ¡No deben celebrarla!

Quizá sea divertida y alegre. Quizá la disfruten. Puede ser una tradición familiar de larga data. Quizás estén tratando muy sinceramente de guardarla para Dios con las mejores intenciones. Pero la navidad no es una celebración cristiana según las palabras y enseñanzas del propio fundador del cristianismo, Jesucristo. Al contrario, las enseñanzas de Jesús condenan su celebración y la de toda fiesta enraizada en prácticas y cultos paganos. Y Él prohíbe a sus seguidores guardar tales fiestas. Los cristianos no deben celebrar la navidad.

Si desean ejercer su fe con corazón puro y sin hipocresía, con el propósito de agradar a Jesús en su servicio y su práctica, en vez de agradarse a sí mismos, entonces estas cosas son importantes. Los cristianos deben comprometerse a algo más que buenas intenciones. Como dijo Jesús a la mujer samaritana: "Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren" (Juan 4:22-24). MM

Si Jesús de Nazaret regresara en este momento a la Tierra, ¿aceptaría la religión que está utilizando su nombre?
¿Podremos encontrar una Iglesia que se guíe por las enseñanzas del verdadero cristianismo?
Las respuestas a estos y muchos otros interrogantes las podrá encontrar en nuestro esclarecedor folleto:

Restauración del cristianismo original

En el cual obtendrá más información sobre la historia del cristianismo verdadero.

Recuerde que todas nuestras publicaciones las enviamos sin ningún costo para el lector.
No deje de solicitar lo antes posible este folleto a una de las direcciones que se encuentran en la página 2 de esta revista o envíe un correo a: viviente@lcg.org.
También puede descargarlo desde nuestro sitio en la red: www.elmundodemañana.org

SERIE SOBRE LA REFORMA PROTESTANTE

La pura verdad sobre la Reforma Protestante

TERCERA PARTE

El rompimiento con Roma

¿Acabó Martín Lutero por llevar a los reformistas protestantes de vuelta a la "fe que fue una vez dada"? ¡Las respuestas son inauditas! Es importante que usted entienda los inicios del protestantismo actual.

Por: Roderick C. Meredith

Esta tercera entrega de nuestra serie sobre la pura verdad sobre la Reforma Protestante detalla los sucesos que finalmente llevaron a Lutero a romper con el papado.

Millones de libros, folletos y artículos protestantes firmemente proclaman el fundamento del protestantismo en estos términos: "La Biblia, toda la Biblia y solamente la Biblia, es la religión de los protestantes".

En las dos primeras entregas de esta serie, entendimos desde la Biblia y en los anales históricos que el cristianismo original sufrió un *cambio* notorio poco después de la muerte de los primeros apóstoles. En la Iglesia que se empezó a conocer como cristianismo se introdujeron ceremonias, tradiciones e ideas paganas. Más tarde, encontramos que en la subsiguiente edad del *oscurantismo,* la corrupción y la mundanalidad en la Iglesia Católica llevó a quienes se consideraban cristianos de aquella época a observancias y creencias supersticiosas ¡que habrían desconcertado a los apóstoles Pedro y Pablo!

Ya hemos formulado las preguntas: ¿Fue el movimiento protestante una reforma de la verdadera Iglesia de Dios descarriada? *¿Es cierto* que los reformistas protestantes restauraron la "fe que fue una vez dada a los santos"? ¿Fue este un movimiento inspirado y guiado por el Espíritu Santo de Dios? ¿Lo demuestran así sus "frutos"?

Es así como llegamos directamente a los inicios de la Reforma Protestante encabezada por Martín Lutero.

Rebelión de Lutero contra Roma

Como ya hemos visto, en vísperas de la Reforma Protestante había muchas quejas y abusos que hacían pedir reformas. Los responsables del bienestar espiritual y material del pueblo se limitaban a mantenerse en ese estado porque convenía a su propio enriquecimiento y aseguraba sus ventajas religiosas o políticas.

En cambio, el pueblo clamaba pidiendo *alivio financiero* y por lo menos alguna medida de *libertad política*... la *opresión religiosa* era un pesado yugo sobre el pueblo de Europa.

Desde su juventud Lutero deja ver un patrón de incidentes que lo llevaron a desear escaparse de la autoridad y de todo lo que fuera obligación de obedecer.

Hacía falta algún *líder sobresaliente* que diera la voz de alarma, la cual inevitablemente encendería la chispa de una explosión generalizada que llevaba mucho tiempo en estado latente. Este papel no podía cumplirlo cualquier líder, por elevados que fueran sus ideales o notoriedad personal. Tendría que ser alguien capaz de identificarse con los apetitos refrenados de los príncipes locales, las clases medias y los campesinos; alguien que pudiera identificarse plenamente con sus prolongadas molestias y convertirse en un símbolo del ansia universal por una revolución total en la vida religiosa, social y política de la época.

Este hombre era Martín Lutero.

La identificación total de Lutero con la Reforma Protestante, la singularidad de su personalidad como centro y punto de convergencia de esa reforma, la confirman todos los historiadores. Uno de ellos, George Fisher, describe esta circunstancia: "Indudablemente, el héroe de la Reforma Protestante fue Lutero. Sin él y sin su poderosa influencia, otros movimientos reformistas, incluidos los que tuvieron un comienzo independiente, como el de Zwingli, posiblemente habrían fracasado… Lutero, aparte de la Reforma Protestante dejaría de ser Lutero" (George P. Fisher, *The Reformation.* Charles Scribner's Sons, 1896, pág. 87).

Como telón de fondo para captar adecuadamente las creencias y doctrinas de Lutero, es importante conocer algunos hechos básicos de su niñez y juventud.

Los primeros años de Lutero

Martín Lutero nació en Eisleben, Alemania, en 1483, en el seno de una familia campesina. Seis meses después, la familia se mudó a Mansfield y allí creció en un ambiente de austeridad y disciplinada virtud.

La biografía definitiva de Lutero, escrita por Roland Bainton, ofrece una mirada íntima a los primeros años de Lutero en el hogar y en el colegio: "De Lutero se afirma haber dicho: 'Mi madre me azotó por haber robado una nuez hasta que me salió sangre. Esa disciplina tan estricta *me llevó al monasterio,* aunque ella pensaba que lo hacía por mi bien'. Esto es reforzado por otras dos referencias: 'Mi padre me zurró una vez en tal forma, que me escapé y estuve furioso con él, hasta el punto que le costó mucho hacerme regresar. En la escuela me azotaron en una sola mañana quince veces por una nada: se me pidió que declinara y conjugara, y yo no había aprendido mi lección'" (Roland Bainton, *Here I Stand*. Abingdon Press, 1978, págs. 7-8).

Esta mirada temprana deja ver un patrón de incidentes que lo llevaron a desear *escaparse* de la autoridad y de todo lo que fuera obligación de *obedecer*. Para comprender bien su énfasis posterior en que la fe es lo *único* necesario para la salvación, es preciso tener conciencia de aquel ambiente medieval de *superstición* y *temor.*

El ambiente familiar de Lutero fue decididamente de rudeza campesina. Pero había también un fuerte sentimiento religioso; el padre, Hans, oraba al lado de la cama de su hijo y la madre era conocida en la comunidad como persona muy devota.

Al mismo tiempo, en las creencias campesinas se mezclaban muchos elementos del antiguo paganismo germano con los mitos de la *cristiandad*. El bosque, según el pensar de la época, estaba poblado de enanos, duendes, hadas, brujas y otros espíritus. La madre de Lutero los creía capaces de robarse los huevos, la leche y la mantequilla. Lutero conservó muchas de estas creencias hasta su muerte. Alguna vez dijo: "En mi país natal, en la cima de una alta montaña llamada el Pubelsberg, hay un lago en el cual, si se arroja una piedra, se desata una tempestad en toda la región porque las aguas son la morada de demonios cautivos" (Bainton, pág. 19). Su vida católica en la niñez estaba poblada de escenas de campanarios, claustros, sacerdotes, monjes de diferentes órdenes, colecciones de reliquias, el tañido de campanas, la proclamación de indulgencias, procesiones religiosas y supuestas curaciones en los santuarios. En todo esto, su formación religiosa era la normal para aquella época.

A sus quince años, Lutero fue enviado al colegio en Eisenach, donde su madre tenía parientes. Allí se vio obligado, como muchos otros estudiantes pobres, a cantar en las calles mendigando el pan. En 1501, Lutero fue a la universidad de Erfurt, luego de acordar con su padre que seguiría la carrera de leyes. Siendo aún estudiante, una serie de crisis espirituales alteraron su curso y acabaron por reorientar todo el rumbo de su vida.

Trastorno espiritual de Lutero

Antes de relatar en detalle los hechos que alejaron a Lutero de la vida común y corriente que su padre le había trazado, conviene notar el efecto que tenía la formación religiosa normal sobre los jóvenes de su edad en general y sobre Lutero en particular: "Solo hay un aspecto en el que Lutero parece haber sido diferente de otros jóvenes de su tiempo, a saber, en que era extraordinariamente sensible y sujeto a períodos recurrentes de exaltación y depresión de espíritu. Estas alteraciones en su estado de ánimo lo atormentaron durante toda su vida. Él mismo atestigua que todo empezó en su juventud y que las depresiones habían sido agudas en los seis meses anteriores a su entrada en el monasterio" (Bainton, pág. 20).

Es evidente que Lutero tenía la mente muy perturbada.

En 1521 Lutero vestía como un joven de la nobleza.

Este problema de las alteraciones en su estado de ánimo, agravado por un permanente sentido de *culpabilidad,* engendrado por las doctrinas católicas, impulsó a Lutero a buscar un desahogo emocional de sus conflictos internos. Bainton afirma: "La explicación reside más bien en las tensiones que la religión medieval provocaba deliberadamente, haciendo intervenir alternativamente el miedo y la esperanza. Se atizaba el fuego del infierno, no porque los hombres vivieran en perpetuo temor sino precisamente porque no lo hacían, con el fin de inspirarles suficiente miedo como para llevarlos a los sacramentos de la Iglesia. Si el terror los petrificaba se introducía el purgatorio por vía de mitigación, como un lugar intermedio en donde aquellos que no eran suficientemente malos para el infierno ni suficientemente buenos para el Cielo podían hacer más expiación. Si esta mitigación provocaba complacencia, se subía la temperatura en el purgatorio y luego la presión era relajada nuevamente mediante las indulgencias" (Bainton, pág. 21).

Vemos así que la sensibilidad de Lutero lo hacía presa fácil de los temores religiosos que le habían inculcado desde la niñez. Estos temores eran una parte integral del sistema que Lutero finalmente llegó a aborrecer.

El primero en una serie de hechos que fueron impulsando a Lutero hacia su papel de reformador, fue quizás un descubrimiento que hizo a los veinte años de edad cuando ya se había recibido como bachiller. Resulta que, mirando un día los libros en la biblioteca de Erfurt, tomó al azar un ejemplar de la Biblia en latín. Fue esta la *primera vez* que tuvo un ejemplar de la Biblia entre sus manos, y, sorprendido por la riqueza de su contenido, la estudió con entusiasmo (Fisher, pág. 88). Aunque ya llevaba algún tiempo ocupado en estudios humanistas, al leer las Escrituras por primera vez en esta y otras ocasiones, las *profundas angustias religiosas* que lo habían afectado desde la niñez regresaron y empezaron a llenar sus pensamientos.

Cae un rayo

Poco después, de regreso a Erfurt tras una visita a sus padres, hubo una tempestad y un rayo derribó a Lutero y a su compañero. Lutero se puso de pie rápidamente, pero con honda conmoción vio que su amigo, Alexis, había muerto. En ese instante, Lutero decidió hacer la paz con Dios. Al poco tiempo ingresó en el monasterio de los Agustinos de Erfurt para dedicarse al sacerdocio.

En 1507 fue ordenado como sacerdote, pero sus estudios y ejercicios espirituales no lograron darle la paz interior que tan desesperadamente buscaba. Staupitz, vicario de la orden, lo animó a estudiar los padres de la Iglesia y pasajes de las Escrituras. Pero este estudio, si bien le ayudó, no calmó su inquietud ni su tormento interior.

En ese período, a muchos les llamó la atención *el extraordinario aspecto físico* de Lutero. En 1518, un contemporáneo decía de él: "Apenas podía yo mirar el rostro del hombre, por el fuego tan diabólico que despedían sus ojos" (Ludwig Hausser,. *The Period of the Reformation*. American Tract Society, 1873. pág. 8).

Lutero se sentía incapaz de obedecer a Dios

Sintiéndose profunda y personalmente incapaz y pecador, Lutero se propuso realizar las buenas obras que se prescribían para salvar el alma. El catolicismo de su época recomendaba muchos ejercicios con ese fin. "Ayunaba a veces tres días seguidos sin una migaja de pan. Los períodos de ayuno eran para él más consoladores que los de fiesta. La cuaresma era más consoladora que la Pascua. Echaba sobre sí vigilias y oraciones más allá de las estipuladas por la regla. Arrojaba lejos de sí las frazadas que le eran permitidas y casi se moría de frío. A veces estaba orgulloso de su santidad y decía: 'No he hecho nada malo hoy'. Entonces surgían las dudas: '¿Has ayunado lo bastante? ¿Eres suficientemente pobre?' Entonces se despojaba de todo, salvo de lo que la decencia exigía. Más adelante creía que sus austeridades le habían ocasionado desarreglos digestivos crónicos" (Bainton, pág. 34).

Todo lo que sabía Lutero acerca de Cristo en esos momentos era que era un *juez rígido* de quien quisiera huir. Con este sentimiento de condena total, Lutero persistió en afligir su cuerpo y su mente con los diversos ejercicios religiosos que solían practicar los monjes de su época. "Si algún monje se ganó el Cielo con monjería", decía, "yo también habré hallado mi camino hasta allá; de ello darán testimonio todos mis compañeros del convento" (Thomas Lindsay, *A History of the Reformation*. C. Scribner's Sons, 1906. pág. 427).

Nótese que estas cosas indican el fuerte apego de Lutero a la Iglesia de Roma. Era parte integral de esta, en ella se había criado y estaba sumergido en sus doctrinas. Y como ocurre con frecuencia en casos parecidos, cuando llegó el rompimiento, fue realmente violento.

"El problema estaba en que no podía satisfacer a Dios en ningún punto. Comentando más adelante el sermón del Monte, Lutero dio clara expresión de su desilusión. Refiriéndose a los preceptos de Jesús decía: Esta palabra es demasiado elevada y demasiado profunda para que alguien pueda cumplirla. Esto está probado no solamente por la palabra de Nuestro Señor, sino también por nuestra propia experiencia. Tómese a cualquier mujer u hombre piadoso: se mostrará amable con aquellos que no le ofendan, pero en cuanto alguien le calumnie, hable mal o le ofenda en alguna forma, no podrá evitar estallar en cólera... Si no contra sus amigos, contra sus enemigos. La carne y la sangre no pueden comportarse de otro modo" (Bainton, pág. 34).

Habiendo decidido en su propia mente que *es imposible* para el hombre realizar lo que Dios pide de él, Lutero prosiguió su búsqueda de una solución a su *complejo de culpa*. Como profesor en la Universidad de Wittenberg, que funcionaba en concierto con el monasterio de los Agustinos, comenzó a enseñar las epístolas de Pablo.

No bien había comenzado su exposición de la epístola a los Romanos, cuando sus ojos se fijaron en el pasaje: "*El justo por la fe vivirá*" (Romanos 1:17). Estas palabras le causaron una impresión profunda, y reflexionó muy detenidamente en lo que significaban.

Sintiéndose profunda y personalmente incapaz y pecador, Lutero se propuso realizar las buenas obras que se prescribían para salvar el alma.

Desencanto con el papado

Cuando Lutero visitó Roma en algún momento de este período, recorrió la ciudad lleno de devoción ferviente, buscando alcanzar las bendiciones espirituales que se ofrecían al observar diversas reliquias santas y al hacer penitencia en los santuarios. Mientras hacía penitencia en los escalones del llamado tribunal de Pilato, se le vino a la mente de nuevo aquel evocativo pasaje de las Escrituras: "El justo por la fe vivirá".

Durante toda su estadía en Roma, comenzó a sentir en su mente un desencanto por el carácter de la Iglesia de Roma. Comenzó a ver hasta qué punto se había convertido en un sistema *corrupto* y *abominable*. En varias ocasiones, oficiando la misa en Roma, quiso conservar la dignidad y reverencia que, a su modo de ver, este oficio exigía, pero lo perturbó hondamente la manera enteramente frívola e irreverente en que los sacerdotes romanos celebraban el sacramento del altar.

D'Aubigne relata acerca de Lutero:

"Cierto día mientras oficiaba, observó que los sacerdotes en un altar contiguo ya habían repetido siete misas antes que él terminara una. '¡Rápido, rápido!' exclamaba uno de ellos, 'devuelvan nuestra Señora a su Hijo', en una impía alusión a la transubstanciación del pan en el cuerpo y sangre de Jesucristo. En otra ocasión Lutero llegaba apenas al evangelio, cuando el sacerdote a su lado ya había terminado la misa. 'Passa, passa!' le dijo este: '¡Apresúrate! Termina de una vez'".

"Su asombro fue aún mayor cuando halló entre los *dignatarios del papado* aquello que ya había observado en el clero inferior. De ellos esperaba más" (Merle D'Aubigne, *History of the Reformation*. Delmarva Publications, Inc., 1846. pág. 68).

De vuelta en su ciudad, reflexionó sobre las escenas de los piadosos peregrinos en Roma que buscaban la salvación mediante diversos esfuerzos, y se estremecía recordando la frivolidad, la miseria moral y la ausencia de conocimiento espiritual en aquella ciudad, supuestamente *la capital de la cristiandad*. De nuevo se le vinieron las palabras de Pablo: "El justo por la fe vivirá". Por fin sintió que las comprendía.

La esencia de la teología de Lutero

Fisher relata las palabras de Lutero: "Mediante el evangelio se revela aquella justicia que vale ante Dios, por la cual Él, por gracia y simple compasión, nos justifica por medio de la fe" y "aquí *sentí* de inmediato *que había nacido enteramente de nuevo* y que había pasado por puertas abiertas al Paraíso mismo. Ese pasaje de Pablo fue para mí realmente la puerta del Paraíso". Como señala Fisher: "Vio que Cristo no ha venido como legislador sino como Salvador; que el amor, y no la ira ni la justicia, es lo que motiva su misión y su labor; que el perdón de los pecados por medio de Él es un don gratuito; que la relación del alma con Él, y por Él con el Padre, que se expresa en el término *fe,* el acto de respuesta del alma ante la misericordia divina, *es todo lo que se requiere*. Este método de reconciliación es sin las obras de la ley" (Fisher, pág. 91).

Ahora, vemos el punto central de toda la teología de Lutero. Esta *doctrina de justificación* se convirtió en la *piedra angular* de todos sus esfuerzos religiosos subsiguientes. *Solo ella le había dado la sensación de librarse de su sentimiento persistente de culpa y su temor a la maldición.* Y, bien podemos añadir, le dio un modo de *evadir* los requisitos de la *ley espiritual de Dios*, la que Lutero se sentía *incapaz de guardar* y que finalmente llegó a *detestar*.

Es evidente que en todo su pensar acerca de la ley, Lutero estaba reemplazando los diez mandamientos de Dios con la idea católica ritualista de *obras* y *penitencias*. *Obsesionado* con la idea de evadir toda necesidad de obedecer, empezó a sentir que para la salvación bastaba la fe sola.

La consecuencia lógica de la nueva postura de Lutero no podía menos de ser un choque con Roma. Fue respecto de la cuestión de la venta de *indulgencias* que se dio a conocer su oposición a la doctrina católica ortodoxa.

La doctrina de indulgencias

Tras su regreso de Roma, Lutero reanudó su carrera de docente en la Universidad de Wittenberg y prosiguió su estudio de las Escrituras y la formulación de su teoría de justificación y salvación. Con el respaldo de su superior, Staupitz, completó su trabajo para el doctorado a fin de poder reemplazar a Staupitz en la cátedra de estudios bíblicos en la Universidad. En 1512, recibió su título de doctor en Teología y continuó su labor docente.

Mientras tanto, sus ideas acerca de la justificación iban cre-

ciendo y desarrollándose. Escribió: "Con ardiente anhelo ansiaba comprender la epístola de Pablo a los Romanos y solo me impedía una expresión: 'la justicia de Dios', pues la interpretaba como aquella justicia por la cual Dios es justo y actúa justamente al castigar al injusto. Mi situación era que, a pesar de ser un monje sin tacha, estaba ante Dios como un pecador con la conciencia inquieta y no podía creer que pudiera aplacarlo con mis méritos. Por eso no amaba yo al Dios justo que castiga a los pecadores, sino que más bien *lo odiaba y murmuraba contra Él*. Sin embargo, me así a Pablo y anhelaba con ardiente sed saber qué quería decir" (Bainton, pág. 49).

Es importante notar la confesión de Lutero de que *odiaba* a Dios en su calidad de Legislador y Juez. Cierto es que, dado su concepto católico errado, no comprendía los hechos espirituales de que se trataba. Era como un *ebrio* espiritual que busca la salida del abismo. Pero en su tormento mental por la enseñanza católica, también estaba desesperadamente resuelto a buscar la manera de *evadir* la obediencia, la ley y la justicia.

Lutero escribió: "Reflexioné noche y día hasta que vi la conexión entre la justicia de Dios y la afirmación de que 'el justo por la fe vivirá'. Entonces comprendí que la justicia de Dios es aquella por la cual Dios nos justifica en su gracia y pura misericordia. Desde entonces me sentí como renacido y como si hubiera entrado al Paraíso por puertas abiertas de par en par. Toda la Sagrada Escritura adquirió un nuevo aspecto, y mientras antes la 'justicia de Dios' me había llenado de odio, ahora se me tornó inefablemente dulce y digna de amor. Este pasaje de Pablo se convirtió para mí en una entrada al Cielo" (Bainton, pág. 49).

Es evidente que, con su énfasis creciente en la justificación por la fe *sola,* Lutero encontraría especialmente chocante la práctica de vender *indulgencias* por el pecado y estaría especialmente dispuesto a atacarla. Siendo el asunto de las *indulgencias* la causa inmediata de su rompimiento con Roma, conviene en este punto citar una descripción de esta práctica en palabras de un especialista, así como la redacción precisa de las indulgencias.

Descripción de las indulgencias

James Wharey describe la práctica de las indulgencias en detalle en su obra *Sketches of Church History* (Presbyterian Board of Publication, 1840. págs. 224-225):

Las indulgencias, en la Iglesia de Roma, significan una remisión del castigo debido al pecado, concedidas por la Iglesia con el supuesto de que salvan al pecador del purgatorio. Según la doctrina de la Iglesia de Roma, todas las buenas obras de los santos, por encima de las necesarias para su propia justificación, se depositan junto con los méritos infinitos de Jesucristo en un tesoro inagotable. Las llaves del cual se entregaron a san Pedro y a sus sucesores, los papas, quienes pueden abrirlo a voluntad; y, trasladando una porción de este mérito sobreabundante a una persona en particular a cambio de una suma de dinero, pueden conferirle o bien el perdón de sus propios pecados, o bien la liberación de otro cualquiera, de las penas del purgatorio.

"Lutero en Erfurt", que representa a Martín Lutero descubriendo la doctrina de la "fe sola". Pintura de Joseph Noel Paton, 1861.

Las indulgencias fueron ideadas en el siglo once por Urbano II como recompensa a quienes emprendían en persona el glorioso cometido de conquistar la Tierra Santa. Más tarde se otorgaron a cualquiera que contratara a un soldado con ese fin; y, en el curso del tiempo se confirieron a quienes entregaran dinero para cumplir cualquier obra pía mandada por el Pontífice. En la Iglesia de Roma se ha abusado grandemente del poder de conceder indulgencias. El papa León X, con miras a proseguir la magnífica edificación de la basílica de san Pedro en Roma, publicó indulgencias y un permiso plenario a todos los que contribuyeran con dinero para ella. Viendo que el proyecto tenía acogida, otorgó a Alberto, elector de Maguncia y arzobispo de Magdeburgo, el beneficio de las indulgencias de Sajonia y alrededores, y repartió las de otros países a los mejores postores; quienes, para aprovechar al máximo su negocio, se procuraban los predicadores más hábiles para proclamar el valor de sus mercancías. La forma de estas indulgencias era como sigue:

"Nuestro Señor Jesucristo tenga misericordia de ti y te absuelva por los méritos de su santísima pasión. Y yo, por su autoridad, la de sus bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y del santísimo Papa, concedida y entregada a mí en este lugar, te absuelvo, primero de toda censura eclesiástica, cualquiera que fuera la manera en que se haya incurrido; luego de todos tus pecados, transgresiones y excesos, por enormes que sean; inclusive de los que sean reservados para conocimiento de la Santa Sede hasta donde se extiendan las llaves de la Santa Iglesia. Remito todo castigo que merezcas en el purgatorio por causa de ellos;

te reintegro a los santos sacramentos de la Iglesia, a la unión de los fieles y a la inocencia y pureza que poseías al bautismo; por lo cual cuando mueras, las puertas del castigo se cerrarán y las puertas del Paraíso de delicias se abrirán: y si no murieras presentemente, esta gracia continuará en pleno vigor cuando te halles al punto de la muerte. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".

Wharey señala que las brillantes descripciones que los comerciantes de indulgencias hacían de sus beneficios, a veces resultaban casi increíbles. Si un hombre, decían, compraba cartas de indulgencia, su alma podía estar segura de su salvación. "He aquí", decían, "los Cielos se abren; si no entras ahora, ¿cuándo entrarás?"

Fue el gran abuso de esta práctica, de por sí abominable, lo que llevó a Martín Lutero a oponerse pública y definitivamente a Roma. Tenía razón, desde luego, en oponerse a esta práctica. Declararlo como lo hizo fue prueba de valentía. Pero la pregunta que deseamos considerar es si esto lo llevó de vuelta a la "fe una vez dada", o si lo hizo simplemente rechazar aquella parte de las enseñanzas católicas que no podía aceptar… estableciendo en su lugar otro sistema eclesiástico de inspiración humana que a él le convenía.

La indulgencia para la basílica de San Pedro en Roma

En la región donde vivía Lutero la proclamación de la indulgencia para la reconstrucción de San Pedro en Roma estaba a cargo del monje dominico Tetzel, experimentado vendedor callejero. La indulgencia no se ofrecía en la parroquia de Lutero porque la Iglesia no podía ofrecer una indulgencia sin permiso de las autoridades locales. En este caso el elector, Federico el Sabio, se negó a dar su consentimiento porque no deseaba que la indulgencia de San Pedro se interpusiera en las indulgencias para la Iglesia de Todos los Santos en Wittenberg (Bainton, pág. 57).

Sin embargo, Tetzel llegó tan cerca que los parroquianos de Lutero podían cruzar la frontera y regresar con unas concesiones asombrosas, resultado de la agresiva campaña de ventas que realizaban Tetzel y demás comerciantes de su tipo.

Lutero, justamente indignado por tan descarada imposición del Papa, sentía arder su sangre de reformador. Redactó 95 tesis para debate y las fijó en la puerta de la iglesia Castle en Wittenberg, como era la costumbre de la época para los anuncios públicos. La fecha fue el 31 de octubre de 1517.

De estas tesis de Lutero, muchas invocaban la desesperada situación financiera del campesinado alemán e indirectamente apelaban al papado para que dejara de extraer dinero. En su quincuagésima proposición, Lutero afirmó: "Debe enseñarse a los cristianos que si el Papa supiera de las exacciones de los predicadores de indulgencias, preferiría que la basílica de San Pedro se redujera a cenizas, antes que construirse con la piel, carne y huesos de sus ovejas" (Henry Bettenson, *Documents of the Christian Church*. G. Cumberlege, Oxford University Press, 1950. pág. 267).

En los debates acalorados que siguieron, Lutero declaró: "Los recursos de toda la cristiandad son devorados por esta insaciable basílica. Los alemanes se ríen de que se le llame propiedad común de la *cristiandad*. Pronto todas las iglesias, palacios, murallas y puentes de Roma se construirán con nuestro dinero. Primero debemos mantener templos vivientes, luego las iglesias parroquiales, y por último de todo, la basílica de San Pedro, que resulta inútil para nosotros. Los alemanes no podemos asistir a San Pedro. Mejor sería que nunca se la construyera y que no se desmoronaran nuestras iglesias parroquiales" (Bainton, pág. 61).

El *llamado político* de Lutero a sus compatriotas alemanes salta a la vista en sus primeros escritos sobre el tema. Sus argumentos no se fundamentan en el principio espiritual de lo que está bien o mal a los ojos de Dios, sino principalmente en un sentir *nacionalista*: que el dinero de las indulgencias debía gastarse en causas religiosas alemanas.

El ataque de Lutero contra la política financiera papal recibió aprobación fácil entre los alemanes, que desde hacía mucho se sentían agraviados por la jerarquía *italiana,* como solían considerarla. También levantó polémica el otro punto de Lutero: que las indulgencias eran espiritualmente nocivas para quien las recibía y que el Papa carecía de poder absoluto sobre el purgatorio y el perdón de los pecados.

El pueblo alemán probablemente entendería solamente lo concerniente a la exigencia de alivio económico, pero la conexión de esta queja popular con la idea de blasfemia contra la misericordia divina sí fue lo bastante llamativa para generar una *revolución popular*.

Lutero no tomó ninguna medida para difundir sus tesis entre el pueblo. Pero otros procedieron a traducirlas al alemán y pasarlas a la imprenta. Pronto se convirtieron en el tema de rigor en toda Alemania, y la carrera de Lutero como reformista levantó vuelo (Bainton, págs. 62-63).

Fue el gran abuso de las indulgencias lo que llevó a Martín Lutero a oponerse a Roma.

Rompimiento final de Lutero con Roma

Cuando Lutero presentó sus 95 tesis, su intención no era difundirlas entre el público. Pero una vez que se distribuyeron, las sostuvo en discusiones subsiguientes y en artículos que escribió para defenderlas. Aunque la noticia de estos hechos viajó lentamente, las autoridades en Roma no tardaron en saber que la mayor parte de Alemania estaba poniéndose del lado de Lutero.

En Roma se presentó una acusación contra él y el Papa comisionó al cardenal Cajetan para que lo representara en coloquios con Lutero. Sus instrucciones eran tratar de persuadir a Lutero de que abandonara toda idea radical… y llevar este asunto con la menor conmoción posible (Hausser, págs. 19-20). Pero los esfuerzos de Cajetan no cambiaron nada.

Ante esto, se hizo un segundo intento por mantener a Lutero dentro de la grey romana. Carl von Miltitz, un nuncio papal, pudo ganarse la confianza de Lutero y acordar con él que guardaría silencio, siempre y cuando sus enemigos hicieran lo mismo, hasta que los representantes del Papa pudieran estudiar sus nuevas doctrinas. "Y entonces", dijo Lutero, "si me convenzo de que estoy en el error, voluntariamente me retractaré de él y no debilitaré el poder y la gloria de la Santa Iglesia Romana" (Hausser, pág. 22).

¡Es de notar que Lutero *todavía* consideraba "santa" a la Iglesia Católica! Es importante comprender a qué punto estaba

imbuido de sus filosofías y doctrinas. Cierto es que finalmente llegó a estar en claro desacuerdo sobre varios puntos. Pero hasta el final, Martín Lutero, nacido y criado como católico romano y siendo sacerdote católico de profesión, estaba totalmente *saturado* con los conceptos, dogmas y tradiciones que su Iglesia había acumulado durante la Edad Media.

Todavía el 3 de marzo de 1519, Lutero escribió al Papa: "Ahora bien, santísimo padre, protesto delante de Dios y sus criaturas que jamás ha sido mi intención, ni lo es ahora, hacer cosa alguna que pudiera debilitar o derrocar la autoridad de la Iglesia Romana ni la de su Santidad; no, antes confieso que el poder de esta Iglesia está sobre todas las cosas; que delante de ella no ha de ponerse nada en el Cielo ni en la Tierra, con la excepción única de Jesús, el Señor de todo" (Johannes Alzog, *Manual of Universal Church History*. 1878. pág. 195).

Si no mentía en esta carta, ¡Martín Lutero sentía, incluso en fecha tan avanzada, que la religión Católica Romana era la verdadera Iglesia de Dios en la Tierra!

Hacia 1521 Lutero todavía consideraba a la Iglesia Católica Romana como la verdadera Iglesia de Dios en la Tierra.

Curso de acción de Lutero

Sin embargo, su pacto con Roma en el sentido de no hablar duraría poco. El doctor Juan Eck, teólogo de Leipzig, retó públicamente a Lutero a debatir sus nuevas doctrinas (Hausser, pág. 22). Y con esto, la batalla de palabras y panfletos revivió.

En los debates, Lutero, como solía hacer, confundía *justificación* y *salvación.* Mantuvo que la fe *sola,* sin obra alguna, bastaría para la salvación. Cuando lo confrontaron con declaraciones contrarias en la epístola de Santiago, *cuestionó la autenticidad de la epístola* (Alzog, *Manual*, pág. 302).

Es importante comprender que Lutero, no una vez *sino muchas,* puso en tela de juicio la autoridad de cualquier libro de la Biblia que parecía contradecir *sus ideas acerca de la justificación.* Más adelante en esta serie analizaremos sus afirmaciones contradictorias a propósito de las Escrituras.

Después de los debates en Leipzig, el doctor Eck emprendió camino a Roma para advertirle al papa León X del peligro que implicaba Lutero para la Iglesia Católica en Alemania. En 1520 se emitió una bula papal que condenaba a Lutero y 41 de sus enunciados. Él mismo sería excomulgado si no se retractaba en el plazo de 60 días (Alzog, pág. 300).

Respaldo poderoso

Dada la popularidad de Lutero tanto entre el pueblo como entre la nobleza, la bula papal fue recibida en Alemania con manifiesta repugnancia. Muchos declararon que no era preciso obedecerla, y el protector de Lutero, Federico el Sabio, declaró abiertamente su negativa a obedecerla. Entonces Lutero dio el paso inaudito de quemar la bula papal públicamente en presencia de los demás monjes, los estudiantes y los ciudadanos de Wittenberg (Hausser, pág. 27).

Este paso audaz de romper completamente con Roma atrajo la atención de toda la nación germana sobre la causa de Lutero. Pronto encontró *respaldo político* en la buena voluntad del elector y de los juristas que venían molestos desde tiempo atrás por la interferencia de los tribunales eclesiásticos en los asuntos civiles. También encontró aliados bien dispuestos entre los eruditos humanistas que, rebosando fervor nacionalista, estaban prontos a vengar las humillaciones sufridas por Alemania bajo el dominio papal italiano. Sin renuencia se disponían a escribir invectivas y sátiras… y también a desenvainar la espada (Fisher, pág. 102).

Poco después de estos hechos, Lutero hizo un *llamamiento político* a la nobleza alemana, solicitando su apoyo. Su reto al *glorioso pueblo teutón* que había *nacido para ser amo* produjo un efecto electrizante en muchos nobles y príncipes alemanes. Pero era algo puramente *político,* y este mismo tipo de llamamiento lo emplearon con éxito más recientemente ¡generales y dictadores alemanes!

Lutero instó así a la gente: "Pobres de nosotros, los alemanes: ¡nos han engañado! Nacimos para ser amos y nos han obligado a agachar la cerviz bajo el yugo de nuestros tiranos y a convertirnos en esclavos. Nombre, título, señales exteriores de realeza, todo esto lo poseemos; fuerza, poder, derecho, libertad, todo esto ha pasado a los papas, que nos lo han robado. A ellos el grano, a nosotros la cascarilla… ¡Es hora de que el glorioso pueblo teutón deje de ser el títere del pontífice romano!" (Bettenson, pág. 278).

De allí en adelante, correspondería a Lutero y a sus adeptos tratar de fundar un *nuevo sistema religioso*, uno que acogiera doctrinas salidas de la activa pluma luterana. En artículos futuros, veremos si el sistema de Lutero constituyó un regreso a *la fe, doctrina y prácticas* de Jesucristo y la Iglesia apostólica. MM

La práctica de vender indulgencias para el perdón de los pecados fue gravemente traumatizante para Lutero.

PREGUNTAS Y **RESPUESTAS**

Dios no está llamando a todos ahora

Pregunta: ¿Por qué Jesús dijo que "ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" (Juan 6:44)? ¿Quiere decir que Dios no llama a algunas personas?

Respuesta: Muchos se equivocan al leer este versículo porque no saben que Dios no está llamando ahora a todo el mundo a la salvación. Cierto es que al final ofrecerá salvación a todo ser humano que haya existido (Romanos 9:15; 1 Timoteo 2:3-5). Él desea que todos reciban vida eterna y que nadie perezca (Juan 3:16-17; 2 Pedro 3:9).

Sin embargo, las Escrituras aclaran que "en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el Cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12). ¿Cómo puede Dios cumplir su palabra y al mismo tiempo salvar a los miles de millones que vivieron y murieron sin jamás oír su nombre ni su mensaje?

La Biblia habla de un tiempo futuro en que todos oirán el verdadero evangelio y recibirán el llamamiento de Dios (Apocalipsis 20:5, 11-12). Ese tiempo se conoce como el "juicio ante el gran trono blanco". No se trata de una "segunda oportunidad", sino del momento en que miles de millones de seres resucitarán a la vida física y recibirán su oportunidad, por primera vez, de oír el nombre y las enseñanzas de Jesucristo.

Por ahora Dios está llamando a una "manada pequeña" (Lucas 12:32), formada por las llamadas "primicias" (Santiago 1:18). Estos cristianos, individuos que en esta vida han recibido el Espíritu Santo de Dios para poder superar su naturaleza humana y vivir a la manera de Dios, vienen esforzándose por vencer no solo su propia tendencia al pecado, sino también la influencia nociva de la sociedad y de Satanás, a quien las Escrituras llaman "el dios de este siglo" (2 Corintios 4:4).

Una resurrección mejor

A diferencia de estos, los llamados por Dios en el juicio ante el gran trono blanco podrán ver el contraste entre su vida anterior, transcurrida en esta era bajo la influencia de Satanás y de la sociedad carnal, con la situación en el milenio cuando Dios los habrá resucitado y la mayoría seguramente aceptarán su oferta de salvación y vida eterna.

Teniendo en cuenta que las primicias deben vencer el pecado en un medio más difícil, Dios les promete una "mejor resurrección" (Hebreos 11:35). Se convertirán en seres espirituales, miembros de la Familia de Dios, cuando Cristo regrese y le asistirán en el gobierno de la Tierra durante el milenio, es decir, el período de mil años en el cual el mundo vivirá en paz y armonía bajo el mando de Jesucristo. El milenio será una preparación de la Tierra para el juicio de una innumerable multitud ante el gran trono blanco, que tendrá lugar al cabo de los mil años. En el juicio ante el gran trono blanco, todo el mundo escuchará el verdadero evangelio y quienes lo rechacen arderán en un lago de fuego, donde desaparecerán para siempre en la "muerte segunda" (Apocalipsis 20:14-15).

Dios espera que los verdaderos discípulos estén predicando el evangelio verdadero hasta que Cristo regrese (Mateo 24:14, 46). Aun así, comprendemos que a la mayor parte de quienes toman un ejemplar de la revista *El Mundo de Mañana* en sus manos Dios no los está "trayendo" en esta era. Para ellos, los artículos que leen servirán simplemente de "testimonio" para que en el futuro no puedan decir: "*¡Nadie me lo dijo! ¡Dios es injusto!*"

Dios espera que actuemos conforme a lo que nos ha enseñado. Aun después de bautizados, conservamos nuestra libertad de elegir, y nuestras obras y decisiones interactúan con nuestra fe (ver Santiago 2:20-22). La salvación es un don que nadie puede ganarse, pero sí podemos rechazar ese don si no obedecemos los mandamientos tal como lo expresa nuestro Salvador (Mateo 19:17). Siendo así, si usted entiende lo que está leyendo en esta revista, no desperdicie esta increíble oportunidad que Dios le está dando de ser una de sus primicias, quienes, en calidad de reyes y sacerdotes, tendrán el privilegio único de gobernar bajo Jesucristo en el milenio.

Continúe leyendo la revista *El Mundo de Mañana* y compare lo que lee aquí con lo que encuentra en la Biblia. Si desea recibir el bautismo, le invitamos a pedir su ejemplar gratuito del folleto: *¿Es necesario el bautismo?* o a comunicarse con uno de nuestros representantes en alguna de las direcciones en la página 2 de esta revista. MM

Las obras de

¡En el ojo de

Por: Wallace G. Smith

El asombroso y peligroso poder de las tormentas

A mi padre siempre le fascinaron las tormentas. La noticia de que llegaba una lo sacaba a la terracita de la casa, donde se quedaba de pie viéndola formarse en el horizonte. De niño, yo lo acompañaba a veces, con la mirada fija en los nubarrones distantes que se movían, se agitaban y se oscurecían; y me preguntaba qué traerían al acercarse más a nuestra casa.

En nuestro planeta hay tormentas de muchos tipos, desde las lluvias torrenciales que nutren los cultivos y las tempestades con truenos que sacuden las ventanas, hasta tornados, huracanes y ciclones dotados de poder suficiente para apagar miles de vidas y reducir a escombros una gran ciudad.

¿Hay alguna lección encerrada en estos impresionantes fenómenos? ¿Cumplen algún propósito útil para nosotros en medio del daño y destrucción que causan a nuestras poblaciones y a las ciudades que hemos construido?

Las tormentas que nos rodean, como todo en la creación, sin duda tienen algo que enseñarnos. Si bien no hemos logrado dominarlas, lo cierto es que las tormentas sí tienen un Amo, y ellas son, al igual que nosotros, obras de sus manos.

Los huracanes, llamados también tifones o ciclones según la región donde se originan, se cuentan entre las fuerzas más poderosas y destructoras del planeta Tierra.

La majestad y potencia de que hace gala una tormenta resulta, vista desde un lugar seguro, una imagen inspiradora. Incluso fenómenos más *corrientes*, como una simple tempestad nocturna con sus rayos que surcan el cielo y sus telones de agua que caen desde lo alto, son capaces de conmover el espíritu y despertar una sensación de respeto y asombro.

Por otro lado, quienes han vivido el dolor y sufrimiento causados por una tormenta sienten más profundamente estos fenómenos del clima. Mi familia y yo nos hemos refugiado en el sótano de la casa cuando las noticias locales anunciaban un tornado en las cercanías, y muchos amigos nuestros recibieron el impacto personal del espantoso tornado que arrasó partes de la población de Joplin, Misuri, en el año 2011. Aquel ventarrón fue creciendo hasta alcanzar más de un kilómetro de ancho en su lento recorrido de 21 kilómetros sobre la tierra, y al final había segado la vida de 161 personas y reducido parte de Joplin a terreno pelado.

Sin embargo, por temible que fuera aquel suceso, está lejos de representar el tope del poder destructor de las tormentas. Consideremos, como ejemplo, los huracanes.

e sus manos

la tormenta!

Llamados también tifones o ciclones según la región donde se originan, los huracanes se cuentan entre las fuerzas más poderosas y destructoras del planeta Tierra. El gran ciclón de Bhola en 1970 arrasó con la región del actual Bangladés, cobrando la vida de hasta medio millón de personas en un solo día de noviembre.

Hoy las imágenes de satélite nos dan la oportunidad de observar estas tormentas desde muy arriba de la superficie terrestre, y es casi imposible no conmoverse ante el tamaño y escala de estos monstruos oceánicos, cuyo diámetro en promedio es de 160 kilómetros. Y tan colosal tamaño no revela la totalidad del poder que encierran.

Poder inimaginable

Reflexionemos sobre la destrucción causada a la ciudad japonesa de Hiroshima hacia el cierre de la Segunda Guerra Mundial, cuando cayó sobre ella la primera bomba atómica que, en la historia del mundo, se empleara en una guerra. La bomba se apodó *Little Boy*. Su explosión acabó con toda Hiroshima, mató a muchas decenas de miles y destruyó unos 60.000 edificios instantáneamente. Fue un momento en que la humanidad demostró, de un modo aterrador, que había comenzado a desatar nuevas fuentes de energía antes inaccesibles para ella.

Y semejante potencia no es prácticamente nada al lado de un huracán. Consideremos este resumen del diario *The Globe and Mail:*

Tomada en todo el escudo nuboso de un huracán promedio, la energía que se libera diariamente en forma de lluvia y viento es equivalente a unas 13.000 megatoneladas… casi igual al poder destructor de todas las armas en los silos de misiles de los Estados Unidos y la antigua Unión Soviética durante la Guerra Fría. Esto equivale a un millón de bombas de Hiroshima explotando a razón de más de diez por segundo: 20 bombas *Little Boy* para cada una de las 50.000 (estimadas) ciudades del planeta (*The 13,000-megaton storm*, 3 de septiembre del 2005).

Aunque la humanidad suele creerse el amo del planeta, las tormentas como estas son un terrible ejemplo de que estamos lejos de serlo.

Teniendo en cuenta la enorme potencia de las tormentas, su fuerza destructora y la impresión que causan en quienes debemos compartir el planeta con ellas, el mayor propósito que cumplen es señalar hacia Aquel que es más grande que todas ellas.

En las Escrituras, Dios se asocia con tormentas y torbellinos en varias ocasiones, invocando la fuerza y potencia de estos como reflejo de su propio poderío. Cuando le habla a Job, por ejemplo, deseando ayudarle al patriarca doliente a entender mejor el alcance de su majestad, se dirige a él "desde un torbellino" (Job 38:1). Y cuando se le aparece al profeta Ezequiel en una visión, se aproxima al vidente como tormenta de fuego venida del norte (Ezequiel 1:4).

Igualmente, Dios representa su ira sobre las naciones pecadoras como una tormenta espantosa, el "torbellino trastornador" de Isaías 28:2.

El Dios de la creación es Señor de la tormenta

El nexo más apropiado entre la fuerza de la tormenta en el mundo creado y el Creador de este mundo fue acaso el trazado durante el ministerio de Cristo hace casi 2.000 años.

Jesús se encontraba con sus discípulos en una barca en medio del mar de Galilea. Mientras estos procuraban llegar a la otra orilla, Jesús dormía en le popa, tomando un muy merecido descanso después de enseñar a las multitudes en la costa.

Mientras dormía se levantó una fuerte tempestad en el mar, tanto que las olas chocaban contra la barcaza y esta comenzaba a hacer agua. Aunque varios de los discípulos tenían experiencia en el mar, se llenaron de terror y pánico viendo que la barca podía zozobrar y que todos podían morir. Despertaron, pues, a su Señor, que en medio de la tormenta seguía dormido, y le clamaron: "Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?" (Marcos 4:38).

Lo que ocurrió enseguida se narra en palabras sencillas en la Biblia: "Levantándose, reprendió al viento y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento y se hizo grande bonanza" (v. 39). Con solo dos palabras, Jesús había dado orden a la creación ¡y esta obedeció! Los discípulos se dijeron entre sí: "¿Quién es este, que aun el viento y el mar le obedecen?" (v. 41).

Pueden ser majestuosas a la vista y pavorosas como experiencia. Nos inspiran con su magnitud y poder, y nos hacen huir ante su furia destructora. Las tormentas, llámense huracán, ciclón, o tempestad; nos humillan con su poderío y nos hacen recordar que el mundo en que vivimos no fue creado por nosotros.

Pero también la tormenta se humilla delante de su propio Creador y tiene que plegarse a su voluntad. Nosotros debemos hacer lo mismo. MM

Jóvenes d

¿Qué sucede si no deseo

Por: Phil Sena

¿Qué piensas del regreso de Jesucristo? ¿Tratas de ***no*** pensar en eso porque eres joven y quieres vivir tu vida completa? Te entiendo. Yo pensaba igual cuando tenía doce años.

Recuerdo un día en que miraba fijamente por una gran ventana en la casa mientras mi madre me contaba lo que ella sabía sobre el regreso de Cristo. El tema le entusiasmaba mucho, pero yo sentía todo lo contrario. Solo oía que el mundo que yo conocía: mis amigos, mis diversiones, la casa donde vivíamos, el perro, el gato, mi familia; todo se iba a terminar. A esa edad, ¡era lo que menos quería oír!

Tal vez sientas lo mismo. *¡Te falta tanto por hacer en la vida!* Y quizá te sientas un poquito culpable por pensar así, viendo a los demás tan emocionados con la idea del regreso de Jesucristo.

Aceptemos la verdad

Aunque yo no quería aceptar la idea, dejé que mi madre me mostrara lo que dice la Biblia sobre el regreso de Jesús. Vi claramente que no eran ideas de ella, sino que venían de la Biblia. Por ejemplo, considera esta pequeña lista de pasajes: Mateo 24:30; Marcos 13:26; 14:62; Lucas 21:27; Hechos 1:11; Apocalipsis 1:7. Viéndolo con mis propios ojos en la Biblia, supe que tenía que aceptarlo, por duro que fuera. Pero aun así, no me hacía feliz la idea de que pudiera ocurrir tan pronto, estando yo tan joven.

Mirada al futuro

Estoy escribiendo este artículo varios años después de cumplir los 50. En cierta forma, es difícil creer cuánto tiempo ha pasado desde aquel incidente delante de la ventana.

Aunque Jesús *sí* va a regresar, la realidad es que no sabemos *cuándo.* A sus discípulos les dijo: "No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad" (Hechos 1:7). Este punto de *cuándo* regresará es sumamente importante.

En mi adolescencia creí que no habría tiempo suficiente para tantas experiencias que deseaba tener en la vida. Sin embargo, ahora se cumplieron 30 años desde que me gradué de la universidad, mi esposa y yo celebramos 25 años de matrimonio ¡y mis dos hijos son mayores de lo que era yo cuando miraba por aquella ventana!

Es importante que sepas que tú puedes llegar a encontrarte en una situación igual. Posiblemente un día estés como yo, mirando atrás las experiencias que creíste que nunca tendrías por falta de tiempo. Aunque los sucesos en el mundo siguen indicando que la segunda venida se acerca cada vez más, no sabemos con seguridad cuándo será. Pero piensa: ¿Y si Jesucristo regresa en los próximos cinco a quince años? Suma esa cantidad a tu edad actual. Para alguien de 15 años, ¡significa llegar a los 30! Entonces, si ocurriera, sería absurdo pensar que no tienes futuro en este mundo… ¡además del mundo que vendrá! ¿Cuántas cosas maravillosas te estarán esperando?

Lecciones aprendidas

Estas son tres lecciones que he aprendido de mi experiencia:

1) Haz planes para una larga vida. Al saber que Cristo regresará pronto, algunos tienen la tendencia a pensar: "¿Para qué planeo una vida larga?" Otra actitud que adoptan muchos jóvenes es: "Si solo me quedan pocos años, voy a hacer todo lo que se me antoje mientras pueda". Es peligroso pensar así. Nos puede llevar a cometer errores que nos afectarán el resto de la vida.

Lo mejor es planear la vida pensando en llegar a la vejez. Sé buen estudiante, fija metas y haz planes para alcanzarlas, decide una carrera, no te metas en cosas que no valen la pena, y rodéate de amigos que sean positivos, que van hacia metas definidas y que están haciendo algo en la vida.

2) No caigas en el cinismo. El cinismo es la actitud de ser desconfiado, escéptico y suspicaz. Las advertencias sobre el regreso de Jesucristo pueden convertirse en un tema que produce burlas entre muchos. La Biblia advierte contra esta actitud, que veremos mucho en los últimos días: "sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación" (2 Pedro 3:3-4).

En vez de ser cínicos, debemos ser agradecidos porque tenemos más tiempo para convertirnos en personas dignas de un Dios tan lleno de paciencia: "El

el mañana

el regreso de Jesucristo?

Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (v. 9).

3) Mira más allá del mundo que te rodea. Es fácil dejarse llevar por lo que uno está haciendo y lo que hacen sus amigos, por la última moda, por una serie en televisión o por la canción de turno. Pero seamos sinceros: cualquier programa de noticias nos dice que este mundo necesita el regreso de Jesucristo.

Aunque tengas una vida llena de emociones y diversión, hay momentos en que te sientes triste y sin muchas esperanzas. ¿Se debe esta pena a ti mismo o a alguien que no está viviendo conforme a los principios de Dios? No tiene que ser así. ¡Puedes agradecer el tener al frente esta revista porque tienes acceso a conocimientos preciosos que te enseñan cómo es tan fabulosamente distinto el camino de Dios! Pero el resto del mundo no cuenta con este conocimiento, y lo necesita. Y el momento cuando la mayor parte del mundo comenzará por fin a aprender a *vivir de verdad* empezará solo cuando Cristo regrese.

Todo en su perspectiva

Jesucristo sí va a regresar. Es tan seguro como cualquier profecía de la Biblia. Quizá regrese en vida tuya. Pero en vez de pensar en esto como algo negativo, piensa que la vida será muchísimo mejor para miles de millones de personas que han tenido una existencia vacía y sin rumbo. Agradécele a Dios porque tú tienes la oportunidad, como persona todavía joven, que otros no han tenido: la de aprender sobre Dios y su camino de vida. Y cualquiera, aunque sea a tu edad, puede respaldar la obra que está ***dando el mensaje de esperanza*** a esas personas.

Agradécele a Dios porque siendo tan joven, tienes la oportunidad que otros no han tenido, de aprender sobre Dios y su camino de vida.

¡Adelante! ¡Disfruta tu juventud! Haz planes de vivir muchos años y de hacerte un buen futuro. No caigas en la actitud cínica de no creer en la Palabra de Dios y sus promesas. Mira más allá de tu mundo para ver que la sociedad actual está muy necesitada del Reino de Dios para que haya un mundo seguro y próspero para todos. Entonces sí esperarás con entusiasmo el regreso de Jesucristo, y podrás orar: "Venga tu Reino" ¡con todo tu corazón! MM

Las señales de los tiempos

Por: Michael Heykoop

¿Sabe usted lo que está ocurriendo? Tarde de arreboles, mañana de soles. Arreboles a la madrugada, el tiempo se enfada. Desde hace milenios, se ha sabido que convendría poder leer las señales de los tiempos y predecir los hechos futuros. A veces las señales son claras a la vista de todos, ¡pero solo quienes puedan situarlas en su contexto entienden lo que están diciendo sobre el futuro!

Los marineros y pescadores cuyo sustento dependía del mar aprendieron que los arreboles por la mañana significaban algo muy diferente de los arreboles por la tarde. Como los patrones meteorológicos se desplazan, en su mayoría, de occidente a oriente, un cielo rojo por la tarde, mientras el Sol se ponía en el occidente, significaba que llegaba cielo despejado. En cambio, el cielo rojo al amanecer significaba que el Sol alumbraba desde abajo las nubes de tormenta hacia el occidente.

Jesucristo se refirió a este mismo fenómeno al hablar en cierta ocasión con los fariseos y saduceos. "Cuando anochece, decís: Buen tiempo; porque el cielo tiene arreboles. Y por la mañana: Hoy habrá tempestad; porque tiene arreboles el cielo nublado" (Mateo 16:2-3).

Los fariseos y saduceos tenían cierta sabiduría, que les permitía, entre otras cosas, leer los patrones del tiempo que se avecinaba. Pero no eran tan sabios como se creían. Cristo los reprochó por su incapacidad de leer las señales de los tiempos en que vivían: "¡Hipócritas! que sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¡mas las señales de los tiempos no podéis!" (Mateo 16:3). Ellos estaban esperando que el Mesías hiciera su aparición, ¡pero no reconocían que estaba allí delante de sus ojos! Más adelante Cristo se valió de un dicho análogo para enseñar a sus discípulos que velaran esperando su regreso (Mateo 24:32-35). Les habló de las señales que acompañarían su regreso y el final de la era (Mateo 24:3).

¿Presta usted atención?

¿Está usted atendiendo a las señales de los tiempos? ¿Ve los nubarrones que se forman en el horizonte? Pablo dijo que al final de esta era habría "tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella" (2 Timoteo 3:1-5). ¿Qué período puede estar describiendo si no el actual? El profeta Daniel describe el tiempo del fin como uno en que "muchos correrán de aquí para allá y la ciencia se aumentará" (Daniel 12:4). Piense en los adelantos en el transporte en el último siglo y la explosión de conocimientos que hemos presenciado en la era digital.

El amanecer nos presenta un cielo rojo ardiente. Las señales están a la vista, pero no pueden interpretarse correctamente sin el contexto de las Sagradas Escrituras de Dios, la Biblia. Las señales indican una tormenta que se prepara y que destruiría a la humanidad entera ¡si no fuera por el regreso profetizado de Jesucristo para poner orden en el mundo!

¡Despierte! Mantenga su atención en las profecías que se analizan en *El Mundo de Mañana*. Y para una idea general de las señales de los tiempos que deben ocurrir antes del regreso de Jesucristo, lea nuestro folleto gratuito titulado *Catorce señales que anuncian el retorno de Cristo.* MM